

Amantes, hermanos, amigos

***Tonalidades del amor matrimonial:
pasión, fraternidad, amistad***

P. Carlos Avellaneda

Cuaresma 2015

Introducción

Buenas noches a todos. Este año quiero proponerles reflexionar juntos acerca del amor matrimonial como una forma propia del amor humano y cristiano. El amor conyugal expresa un color específico del amor en general, y ese color, por así decir, posee tres tonalidades que integradas dan como resultado el amor de la pareja. Cada matrimonio mezcla las tonalidades de este color amoroso en proporciones distintas, pero las tres son tonalidades esenciales, y juntas dan ese color único del amor esponsal. Las tres tonalidades son la *pasión*, la *fraternidad* y la *amistad*. En el lenguaje más clásico de la espiritualidad serían: *eros*, *agape* y *filia*; es decir, amor de *atracción* o *enamoramiento*, amor de *caridad* y amor de *amistad*.

Me gustaría transmitirles esta noche que la relación amorosa de una pareja es una interacción viva y cambiante de pasión, caridad fraterna y amistad. No hay pareja nupcial sin enamoramiento, pero no basta con la pasión inicial del enamoramiento, sino que hacen falta altas dosis de caridad entre los cónyuges: servicialidad, generosidad, perdón, etc. Finalmente, como no se puede sostener una relación erótica siempre intensa, y no sería nada fácil que un matrimonio funcione siempre y sólo a base de caridad cristiana, veremos cómo el amor de amistad es un componente imprescindible para que los esposos sientan el gozo de la vida compartida a lo largo de toda la vida.

Desde este planteo me gustaría presentar la relación matrimonial como un vínculo de amantes, hermanos y amigos. No son características que estén separadas unas de otras. Las distingo ahora para poder hablar del tema, pero en realidad hay que decir que los esposos son amantes amigos que viven la caridad. La pasión que los atrae está enriquecida por la caridad, y la caridad entre los dos es vitalizada por la atracción. El enamoramiento es perfeccionado por la caridad. Y a lo largo de los años comparten su vida y su amor como amigos íntimos.

Avancemos entonces en presentar a los cónyuges como amantes, hermanos y amigos. Comencemos por *eros*, el enamoramiento de la pareja.

EROS

Eros, dice el autor inglés C. S. Lewis, “es ese estado que llamamos estar enamorado; o, si se prefiere, la clase de amor en el que los enamorados están”. No es una acción, sino un sentimiento que me atrapó. Surgió sin mi decisión. Es una atracción espontánea e intensa. Es una pasión. Eros es algo que me pasa no que yo hago. Eros provoca que un hombre desee intensamente no “una” mujer, sino a “esta” mujer en particular. Obviamente lo mismo ocurre con la mujer enamorada respecto de un hombre concreto.

El enamoramiento, dice Bernardo Olivera, surge de un encuentro interpersonal que corresponde a los deseos inconscientes y a la búsqueda anhelante de algo nuevo. La persona amada representa lo nuevo, único, distinto e insustituible. Los enamorados se comunican mediante el deseo, que es una tensión que crea sintonía y busca anular la distancia y llegar a la posesión y la pertenencia, condicionando así la libertad. El cuerpo busca proximidad, la distancia se vive como separación y causa incomodidad, frustración y soledad. El eros no se apoya en las palabras sino en el contacto y ya no busca sólo poner algo en común sino hacerse uno con el otro.

Por un lado, eros se siente atraído por una persona como atractiva para sí mismo, y en este sentido el enamorado siente algo intenso por esa persona porque es buena para sí mismo; y por otro lado, el amor erótico está encantado con el otro y fascinado con cómo es. El verdadero enamorado queda cautivado por el otro que importa más en sí mismo que por el placer que pueda darle.

No tenemos que confundir a eros con mero erotismo o deseo sexual. Sabemos que el deseo sexual puede estar privado de eros y entonces quiere sólo sexo. El erotismo quiere muchas cosas menos el encuentro con una persona. El eros, en cambio, quiere a la persona amada. Por eso decimos que el deseo sexual forma parte del enamoramiento, pero eros también está formado por otras cosas además de sexo. Para comprender a eros es mejor hablar de sexualidad que de sexo. La sexualidad abarca la atracción por el otro sexo, lo afectivo y el deseo interpersonal que busca la intimidad con la otra persona, y también lo genital referido a la apetencia sexual y a los actos sexuales.

La vehemente atracción que se da entre los enamorados por un lado hace que uno necesite al otro, necesite hablar, estar cerca, verlo, tocarlo. En este sentido, eros habla de la necesidad que el amante tiene del amado. Pero eros también es admiración por el amado en sí mismo, más allá de la propia necesidad. Por eso el enamorado no sólo espera recibir del amado, sino sobre todo, quiere darle y darse al amado. Y lo hace ilimitadamente. El enamorado no mide lo que puede dar a la amada. No se da cuenta. Se funden los límites de la necesidad de recibir y de la de dar.

En relación al deseo sexual, podríamos decir que sin el eros, sin enamoramiento, el deseo sexual (como todo deseo) es algo referido a nosotros. Con el eros, en cambio, se refiere más a la persona amada. Es ella la que interesa.

Una característica esencial de eros es su falta de constancia o perdurabilidad. Eros es intenso pero fugaz, inconstante. El enamorado hace promesas de amor eterno; nada ni nadie puede convencer a dos enamorados que no se unan en un amor eterno. Pero eros promete lo que el eros por sí mismo no puede cumplir, dice Lewis. El irresistible sentimiento del amor que toma cautivo el corazón de los enamorados no dura para siempre en altos niveles de intensidad. El propósito del enamoramiento es iniciar una relación que, para que perdure, requerirá de otra forma de amor menos apasionada pero más estable. Eros promete más de lo que puede dar; por eso necesita ayuda de las otras tonalidades del amor. Enseguida hablaremos de esto.

En el enamorado se integran la experiencia de la necesidad del otro con la de la admiración o embobamiento por el otro, la apreciación de su belleza en sí mismo. El eros surge de la propia finitud y limitación que nos hace necesitados y nos permite apreciar en el otro lo que no somos ni tenemos. El enamorado necesita del otro para ser sí mismo. Necesita su sentido del humor, su inteligencia, su capacidad, su paciencia, su fortaleza, su perseverancia. Los enamorados suelen decir “él es todo para mí”, o “no puedo vivir sin ella”. Sólo alguien que no es omnipotente puede enamorarse, sólo alguien que percibe su necesidad del otro, puede sentir atracción amorosa por el otro. La omnipotencia y autosuficiencia suelen ser frías y distantes. No hay nada ni nadie a quien necesite.

El enamorado dice: “necesito tu abrazo para seguir vivo, necesito tu color para embellecer mi paisaje, necesito tu perfume para respirar amor, necesito tu luz para iluminar mis sombras, necesito tu música para bailar mi vida, necesito tu sabor para no perder el mío”. El amado enriquece y completa al enamorado. Necesidad y admiración se unen en esta experiencia tan intensa del amor. El deseo sexual animado por eros une a los enamorados en cuerpo y en alma. Esta unión corporal es así una fusión amorosa, una íntima comunión interpersonal. Ya nada hace falta en ese instante de éxtasis.

Para dar una última palabra sobre la relación entre deseo sexual y amor personal, me pareció interesante un artículo de un psicólogo publicado en un blog de la web¹. Como el autor es hombre, su apreciación de la cuestión es bien masculina. Decía que gran parte de los hombres, en mayor o menor medida, en el territorio del amor de pareja, luchan con la siguiente situación: allí donde aman, les cuesta desear; y donde desean, les cuesta amar. La cuestión es, entonces, cómo unir en una sola mujer, lo tierno y amoroso con lo erótico y sexual. Según este artículo en las mujeres esta disociación entre lo erótico y lo amoroso se presenta de manera más suave, o puede no presentarse, no producir síntomas o grandes líos.

Preguntándose por las razones de esta disociación masculina, el autor afirma que cuando va pasando ya el período de enamoramiento, y empiezan a consolidarse proyectos (convivir, casarse, armar una familia, etc.) muchas veces la propia mujer empieza a manifestarse más parecida a una madre que a una pareja. La “madre interna” que hay en el varón se empieza a identificar con la mujer elegida. Esto puede intensificarse más aún cuando la mujer pasa a ser madre de sus hijos. Allí, el varón, recuerda a esa madre constructora del hogar, dadora de amor, de cuidados, de alimentos, de ternura. Allí la sexualidad y el deseo masculinos (y también femeninos) pueden empezar a trabarse. Esa “mujer-madre”, ahora asociada a esa figura arquetípica de “la madre” puede perder el brillo erótico para un varón. Y ocurre que es allí en donde aparecen todos los mecanismos defensivos de fuga, falta de afecto, dejadez, poca paciencia, presencias ausentes, de las cuales muchas mujeres se quejan.

A esta problemática masculina, añadido ahora yo, ayudan las mujeres que consagran toda su pasión únicamente a los niños y a su crianza. Se identifican de tal modo con su maternidad que su perfil de mujeres y amantes se diluye y dejan de ser atractivas para sus esposos. Para ellos también hay amor, pero un amor más maternal que pasional. Un amor incondicional y generoso, como el de una madre, pero poco pasional como el de una enamorada. Algo equivalente dicen las mujeres respecto de los hombres y su dedicación total al trabajo, que los deja cansados e indiferentes a ellas como personas amorosas. Así, tanta pasión volcada principalmente a los hijos (ellas) o al trabajo y crecimiento económico (ellos), parece desgastar el enamoramiento de los dos.

¹ “¿Cuál es el drama masculino por excelencia”, por Gervasio Díaz Castelli. Disponible en: <http://blogs.infobae.com/herramientas-psicologicas/2015/03/06/cual-es-el-drama-masculino-por-excelencia/>

Bueno, de eros se podrían decir muchas cosas más, pero me detengo acá. Aprovechando este pensamiento sobre la disociación entre eros y amor, entre deseo y ternura, retomo aquello que dije más arriba. Eros promete más de lo que puede dar; por eso necesita ayuda de las otras tonalidades del amor. Para que los amantes sigan siendo tales, necesitan amor de caridad y de amistad. Será un signo de madurez poder entregárselos mutuamente. Avancemos con eso.

CARIDAD

Es frecuente que cuando vamos a la celebración de un matrimonio en la iglesia, escuchemos proclamar el pasaje de la primera carta de san Pablo a los corintios que habla de la caridad; “*agape*”, en griego. “El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tienen en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (13,4-7).

Este amor claramente no es pasional ni ardiente, es un tipo de amor más bien espiritual y voluntario. En la caridad predominan no tanto las sensaciones o inclinaciones inmediatas cuanto la razón y las convicciones, que en nosotros incluyen nuestra fe. Fruto de la razón y de la fe, la caridad es por eso menos sentimental, pero más perseverante y fiel.

Para los cristianos, la caridad es el *amor fraterno*, el amor que nos hace hermanos, y que surge en última instancia de la certeza de fe en que Dios nos amó primero. Recuerden esos lindísimos textos de san Juan. “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él” (1 Juan 4,16). “Así Dios nos manifestó su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos Vida por medio de él. Y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero... Queridos míos, si Dios nos amó tanto, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros. Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros” (4,9-12). En la última cena Jesús mandó vivir este amor a sus discípulos: “Ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Juan 13,34). Como diciéndoles, “ustedes han sido amados por mí, entonces pueden amarse entre ustedes de la misma manera”.

El cristiano que ha hecho la experiencia de haber sido tan amado está comprometido a amar a su prójimo de manera libre, convencida y comprometida. Es una decisión que está animada por la gracia de Dios, por su mismo Amor, pero que pide el compromiso de nuestra libertad. La carta a los Efesios alude a este amor cristiano. “Practiquen el amor, a ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros” (5,2). Y enseguida el autor refiere este tipo de amor cristiano al que se deben marido y mujer: “Maridos, amen a su esposa, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella... Del mismo modo, los maridos deben amar a su mujer... cada uno debe amar a su mujer como así mismo, y la esposa debe respetar a su marido” (5,25.28.33). Este amor es entonces una gracia y una responsabilidad, un don y una tarea, un regalo y una decisión de cada día.

En todos estos textos el verbo griego utilizado es *agapan*: amar con amor de caridad, con *agape*. Es el tipo de amor que Jesús pide tener a todo hombre, aún a los que no sean naturalmente fáciles de amar: enemigos, amargados, orgullosos, enfermos psiquiátricos, etc. No

se trata de sentir atracción por una persona desagradable u hostil, pero se trata de considerarlo mi hermano y vivir en paz con él. Hermano es lo que uno decide ser disponiéndose a reconocer en cada otro humano a alguien único a quien respetar, amar y servir. El amor al otro, como respuesta personal a su presencia en mi vida, es la base de cualquier otro amor: entre esposos, hacia los hijos, con los amigos, etc. Quien se decidió a amar a otro está en condiciones de ser esposo, padre, amigo. Quien no se decidió a hacerlo podrá tener cónyuge, hijos o amigos, pero sus relaciones serán conflictivas a causa de su indisposición a vivir amorosamente reconociendo al otro como otro para sí mismo y entregándose a él.

El amor de caridad aprecia, respeta y atiende al otro como otro, como él o como ella, y no sólo como alguien a quien deseo para mí. Si bien el deseo es una expresión del amor, el deseo como tal no es amor.

Hablemos un poco del deseo. El deseo surge de la separación y la finitud, de la soledad existencial y por eso nos abre a la alteridad y a la comunión con el otro y con su don gratuito. Para que el deseo sea humano y maduro, y no quede reducido a las ganas y los instintos, es necesario configurarlo, dice Bernardo Olivera. El deseo madura cuando se acepta la propia limitación, la separación, la diferencia y la ausencia. Sólo así no se querrá cosificar al otro como algo al servicio de uno mismo o cosificarse al servicio del otro. Necesitamos reconocernos y aceptarnos carenciados, y vivir al otro como otro y como compañero. No somos todo para nadie y nadie puede ser todo para nosotros. Así asumido, el deseo nos abre a la amistad, a la fraternidad, a la conyugalidad. Surge la comunión aún con sus presencias y ausencias. Sin este tipo de amor que es *agape*-caridad, *eros* termina siendo posesivo y dominante, inestable y caprichoso.

El deseo es una fuerza de comunión que necesita integrarse y encausarse humanamente. Los deseos se integran y personalizan gracias al amor, y se dispersan por la confusión o la disociación amorosa. No amar a alguien -a una sola mujer, a un solo hombre- que unifique mi deseo profundo, hace que éste se fragmente en mil caprichos egocéntricos. Nuestra sociedad en la que el 50 % de las parejas se separan coincide con la época del hiper-consumismo y de los infinitos gustos que hay que dárselos "ya". El hombre actual se parece a un niño caprichoso que quiere todo porque todavía no aprendió a querer a nadie. El enamorado tiene que convertirse en alguien que sepa amar, que sostenga el vínculo no sólo desde la atracción o la pasión, sino desde la devoción, respeto y dedicación al amado. El que no aprendió a amar se dejará llevar sólo por sus ganas, por sus atracciones o repulsiones.

Respecto de esta integración del deseo, distingo tres niveles del deseo: 1) el deseo sexual, que es genital; 2) el *eros*, que es deseo de encuentro interpersonal; 3) el anhelo, que es el deseo espiritual y divinizado. Estos tres grados del deseo necesitan integrarse y armonizarse para alcanzar madurez humana. Un deseo configurado armónicamente podría describirse así: el que desea a Dios (lo anhela) se siente atraído por su pareja y la acoge sin divinizarla, es decir, la ama con sus limitaciones, no esperando todo de ella, no frustrándose porque ella no es todo. Además, esta persona espiritual se siente atraído por su pareja pero no busca sólo poseerla sexualmente. Finalmente el placentero encuentro sexual de estos enamorados es un encuentro de personas, de toda la persona (cuerpo, afecto, espíritu), y es además, sacramento de la comunión con el mismo Dios, porque toda experiencia auténtica de amor hace presente a Dios.

Hasta ahora vimos dos tonalidades del amor conyugal: el *eros* y el *agape*, el enamoramiento y la caridad. Y vimos la necesidad que *eros* tiene de *agape*. El deseo enamorado sin amor verdadero no llega muy lejos. Pero, siendo muy distintos como amores, podríamos decir que tienen algo en común. *Eros* y *agape* no suelen ser constantes. Es muy difícil, por no decir, imposible, sentirse atraído ardientemente por la pareja todo el tiempo. *Eros* sube y baja. Y es

también muy difícil vivir matrimonialmente sólo con un amor de caridad, de paciencia, renuncia y generosidad. También la caridad sube y baja en los largos plazos del amor matrimonial. Por eso me parece que la tercera tonalidad del amor es la más estable y constante, la que representa el alma de un vínculo llamado a ser vivido con naturalidad a lo largo de los años. Esta tercera tonalidad del amor conyugal es la amistad. Mientras eros desea recibir y agape está dispuesto a dar, la amistad quiere compartir.

AMISTAD

El amor de amistad, es llamado por los clásicos griegos, *philia*. Estos últimos meses estuve reflexionando mucho sobre este amor como una dimensión esencial de la relación entre los esposos. Me da la impresión de que siendo más inestables *eros* y *agape* en la vida de un matrimonio, la amistad es el natural vínculo afectivo con el cual los dos se sienten bien estando juntos. Por supuesto que la amistad matrimonial es distinta a las demás porque es una amistad de amantes enamorados, pero no deja de ser una amistad. Y creo que el amor para toda la vida entre un hombre y una mujer sólo es posible si ellos son amigos. Esto no significa obviamente que tanto la mujer como el hombre no puedan tener sus propios amigos por fuera de la pareja. Quiero decir más bien que la relación amorosa de los esposos pide un amor de amistad que describiré ahora.

El matiz expresado por este tipo de amor es la inclinación interior y espontánea hacia una persona. Nace de una comunión de sentimientos y de una intimidad que se va dando espontáneamente. La amistad no alude a un deber moral y sin embargo genera un compromiso muy fuerte entre los amigos. Los verdaderos amigos suelen ser los de toda la vida. La amistad tiene el sabor de lo duradero. La amistad provoca una espontánea intimidad entre las personas, una compenetración de intereses y búsquedas. Es un sentimiento cálido y cordial pero no apasionado ni impetuoso. Provoca cercanía que es fundamentalmente cercanía personal e íntima. En algún sentido la amistad provoca que uno vea a su otro yo en su amigo.

Tomando la amistad en un sentido general, concuerdo con el pensamiento de Lewis quien afirma que “aunque podamos sentir amor erótico y amistad por la misma persona, sin embargo, en cierto sentido, nada como la amistad se parece menos a un asunto amoroso. Los enamorados están siempre hablándose de su amor; los amigos, casi nunca de su amistad. Normalmente los enamorados están frente a frente, absortos el uno en el otro; los amigos van el uno al lado del otro, absortos en algún interés común. Sobre todo, el eros (mientras dura) se da necesariamente sólo entre dos. Pero el dos, lejos de ser el número requerido para la amistad, ni siquiera es el mejor...”.

El mismo autor afirma que la amistad es un compañerismo, un andar por la vida haciendo algo juntos: jugar tenis o fútbol, pintar o hacer gimnasia, estudiar en un grupo, rezar, etc. Pero a través de lo que les gusta hacer juntos a los amigos, se va dando una conexión profunda e interior entre ellos. Por eso la amistad requiere que las personas tengan algún interés, que les guste alguna actividad, que les apasione alguna causa. “La condición para tener amigos es querer algo más que amigos”, dice Lewis. Si las personas no tienen un interés que compartir, no hay nada sobre lo que construir la amistad.

En este sentido la amistad en el matrimonio significa una interior comunión entre hombre y una mujer que, sintiéndose enamorados y habiéndose comprometido a amarse toda la vida, poseen gustos, intereses y, sobre todo, proyectos en común. Como amantes (amor de *eros*), a los esposos les gusta mirarse a los ojos y hablar de ellos mismos y su amor. Como hermanos (amor de *agape*), los esposos se ayudan mutuamente mediante la generosidad, paciencia, ternura y perdón.

Pero como amigos (amor de *filia*), a los esposos les gusta charlar de sus sueños, sus proyectos, sus gustos, sus temas de interés. En la amistad, importa algo más que los mismos amigos. En el matrimonio eso que tienen en común y los une son muchas cosas: los hijos, la familia y el sostenimiento económico, la casa –su construcción y cuidado-, los viajes, los demás amigos, los programas de fin de semana, los pequeños placeres de un día de semana. Pueden ser actividades sencillas que les gusta compartir: ver juntos una película, arreglar el jardín, charlar sobre un tema, salir a caminar, o compartir un mate en silencio mientras cada cual lee algo distinto.

La amistad hace sentir bien a los amigos cuando están juntos pero sobre la base de un interés común. Por eso es difícil ser amigo de alguien a quien no le interesa nada. Y en una relación matrimonial se hace arduo compartir la vida con alguien vacío o superficial con el cual no hay posibilidad de compartir una idea, una actividad o una charla. Una persona que no tiene vida propia, proyectos, intereses o búsquedas, ¿qué va a compartir con el otro? Una pareja se va separando con el tiempo cuando uno de los dos no posee proyectos, ni sueños, ni intereses, sino que vive porque sí, porque respira y como adherido parasitariamente al otro. Esa persona se convierte en totalmente dependiente de su cónyuge porque en el fondo no sabe qué quiere ni qué le interesa.

La dinámica del amor de una pareja podría simbolizarse como un estar sentados mirándose uno al otro y hablando sobre ellos, para luego ponerse de pie y caminar uno al lado del otro hacia otro lugar distinto que ellos mismos. Una dinámica del amor que van alternando estos dos momentos en dosis armoniosas. La intimidad cerrada sobre sí misma sofoca, ahoga y aburre. La total y exclusiva apertura hacia los demás o hacia las cosas puede anular la intimidad de los esposos. Hacen falta dosis adecuadas de ambas actitudes que se alternen en la dinámica matrimonial.

Cada vez me convengo más de que la persona sin capacidad de amistad es alguien sin capacidad conyugal. Si yo no sé ser amigo, compartir, abrirme e intimar, preocuparme por el otro, hacer cosas juntos que nos gusten o interesen ambos y nos unan ¿cómo podré vivir unido toda la vida con mi mujer?

Dice Bernardo Olivera: “La amistad tiene estas características: benevolencia, beneficencia, afinidad, clima de mutuo afecto y reciprocidad. Los amigos son pares que se reconocen y tratan como personas distintas y no como idénticos. La amistad es la forma de amor que más respeta la libertad del otro; al amigo ni siquiera se le piden explicaciones de sus actos. Se supone que las tiene y son valederas. Agrega estabilidad y creatividad a la relación conyugal”.

La amistad matrimonial es el complemento perfecto para el enamoramiento de la pareja. Los enamorados se comunican mediante el eros o deseo interpersonal que busca la posesión y pertenencia, y así en algún sentido condiciona la autonomía y la libertad. En cambio, la amistad supone la cercanía y la distancia de los amigos. El amigo no sofoca al otro ni busca poseerlo. Por eso la comunicación es mediante la palabra, dada la separación de las personas amigas. La amistad supone desapropiación. Los amigos son libres para ser amigos. *Eros* quiere intimidad y sufre la distancia, desea la fusión. *Filia* respeta la distancia pero goza con la cercanía. Enamoramiento y amistad son una buena síntesis para una pareja feliz y saludable.

DIÁLOGO DE JESÚS CON PEDRO

Para comprender la diferencia de *agape* y *filia*, amor universal y amor de amistad, me gustaba compartir con ustedes el comentario que hace Pavel Florenski, un pensador ortodoxo

ruso de fines del siglo XIX y principios del XX, sobre el pasaje del evangelio de Juan donde Jesús resucitado interroga a Simón Pedro acerca de su amor (Juan 21,15-17)².

El Señor resucitado, con su pregunta varias veces repetida, quiere poner ante los ojos de Pedro cómo él, con su negación, ha transgredido el amor de amistad –*filia*– hacia su persona, cómo ahora no puede pretender de él más que un amor universalmente humano, sólo aquel amor que cada uno de los discípulos de Cristo tiene que demostrar necesariamente a todos los hombres, incluso a los enemigos. En este preciso sentido le pregunta el Señor a Simón: *¿agapas me?* Este “¿me amas?”, en griego, tiene un significado evidente; pero para expresarlo mejor de modo que nos sea comprensible en nuestra lengua hace falta una paráfrasis del texto, que podría sonar así: “Simón, antes te considerabas mi amigo. Ahora, después de haberte separado de mí, ni siquiera vale la pena hablar de un amor de amistad. Pero existe otro tipo de amor, el que tenemos que fomentar hacia todos los hombres. ¿Sientes hacia mí por lo menos este tipo de amor?” Pero Pedro no quiere ni oír hablar de esta pregunta, y se reafirma en la autenticidad de su amor personal a Jesús, en su amor de amigo. “*Filo te*”, le responde, es decir “Yo soy tu amigo”. Ahora comprendemos por qué se entristeció cuando, a pesar de esta reiterada reafirmación en su *filia* hacia el Señor, Jesús no consintió en hablar más que de aquel otro tipo de amor, *agape*. Sólo al interrogarlo por tercera vez, le requirió en un tono que suena más bien a recriminación e incredulidad: *¿Fileis me?* ¿Eres mi amigo? Ahora finalmente el Señor manifiesta su pensamiento secreto, y le interroga directamente sobre el amor de amistad. Esto entristeció a Pedro. Se entristeció de que Jesús le preguntara por tercer vez si era su amigo. Uno puede imaginar el ruido de la congoja y las lágrimas de Pedro que le responde: “Señor, tú lo sabes todo, sabes que soy tu amigo”. El diálogo entre Jesús y Pedro quiere restablecer una relación de amistad, un vínculo personal con el Señor. Pedro no había negado que Jesús era el Hijo de Dios, no había apostatado de su fe; había negado que fuera su amigo. Lo había ofendido al Señor como un amigo a su amigo. Esto es lo que debía restaurarse, una amistad. La confirmación de esa amistad implica la renovación del mandato apostólico: “apacienta mis ovejas”. Sólo si eres mi amigo, te entregaré a mis ovejas, aquellas por las que yo di mi vida.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

BERNANDO OLIVERA, *Afectividad y deseo. Para una espiritualidad integrada*. Lumen.

C. S. LEWIS, *Los cuatro amores*. Rialp.

PAVEL FLORENZKI, *La columna y el fundamento de la verdad*. Sígueme.

² Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?". Él le respondió: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Apacienta mis corderos". Le volvió a decir por segunda vez: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?". Él le respondió: "Sí, Señor, saber que te quiero". Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas". Le preguntó por tercera vez: "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?". Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntara si lo quería, y le dijo: "Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas".